

of matching theoretical and practical forms of knowledge; instead of Neo-Platonism vs. internal mathematical development we have Aristotelian mixed sciences and mechanical Archimedean modeling» (p. 127). La frase es, sin duda, sintomática de lo que fue esta época, y es, desde estas tensiones internas, tan escrupulosamente desentrañadas en este estupendo volumen, desde donde pueden sacar gran rédito tanto el historiador de la ciencia como todo aquel interesado en la cultura barroca en general. Condimentado con un gran número de imágenes de ámbitos tan distintos como la pintura o la mecánica, *Baroque Science* es un volumen altamente recomendable tanto para el especialista, como para todo estudiante del periodo barroco. ■

Enrique García Santo-Tomás

orcid.org/ 0000-0003-3102-0832

University of Michigan, Ann Arbor

■ **Patrick Singy. L'Usage du sexe. Lettres au Dr Tissot, auteur de L'Onanisme (1760).** Lausanne: BHMS; 2014, 278 p. ISBN: 9782970064084. € 30.

Como ya se advierte en el título, el grueso de este libro lo constituyen las 98 cartas remitidas por diversos corresponsales a un Tissot convertido por obra de su *best seller* en una autoridad sobre un tema, el *onanismo* —más propiamente la masturbación— inquietante desde al menos dos puntos de vista: el biológico y el moral; aunque concediendo, en este caso, neta prioridad al primero de ellos. Algunas de las cartas podrían dar un juego aún mayor al legítimamente propuesto por el autor en sus objetivos, que se ciñen al dominio, por él mismo puesto en cuestión, de la «historia de la sexualidad», pues suministran datos valiosos sobre la medicina de la época, así como sobre algunas costumbres y las creencias a ellas asociadas. Pero, insisto en ello, el autor no engaña a nadie al convertir en tema de su investigación el «uso del sexo».

En esta perspectiva las fuentes de la investigación se ponen al servicio de una discusión, a la que se dedica la parte introductoria del estudio, propiamente analítica, sobre la historia de la sexualidad, en la que el concepto mismo de sexualidad y lo que sobre él han propuesto diversos autores se somete a crítica. Remitiéndose a Foucault y, sobre todo, a la historiografía ulterior a él sobre la materia, advierte una voluntad de ver en el concepto mismo de sexualidad una

especie de invariante histórico, al menos en lo concerniente a la modernidad, pero quizá incluso con pretensiones de mayor veteranía, invariante que simplemente se habría presentado bajo diferentes ropajes adecuados a la mentalidad de cada época, de cada contexto cultural, siempre, claro está, en el marco de Occidente. En su crítica a esta línea de argumentación da a entender, en forma bastante explícita, que en su opinión esa historia de la sexualidad que arranca en los años 60 y 70 del pasado siglo tiene un importante sesgo cultural, paga un cierto tributo a una moda, o mejor, a una tendencia inconsciente a ajustar el paso a un movimiento social, el de la liberación sexual, que precede y determina el empeño del historiador.

Tal planteamiento me parece sin duda fecundo, una medida higiénica valiosa tanto en éste como en cualesquiera otros campos de la investigación histórica. Con todo, considero que el autor no lleva su propósito hasta el final, por más que, como advierto, tenga el mérito de poner en marcha una reflexión y un posible debate sobre materia tan reciente como interesante. El caso es que el análisis de las cartas le conduce, no sin razón, hacia algo mucho más concreto: la cuestión del valor *médico* atribuido al «uso del sexo». Singy propone, modificando un planteamiento de Foucault en *Les anormaux*, tres discursos diferentes sobre el asunto, a los que denomina «de la carne», «de la simiente (o semilla, *semence*)» y «de la sexualidad», correspondiendo el primero a una lectura moral y el tercero a la medicina, y en especial a la psiquiatría del siglo diecinueve. Sería en el segundo donde se incardinaría, y como obra de referencia, *L'Onanisme* y las cartas objeto de la publicación.

El autor señala acertadamente que para Tissot esa simiente que se derrama en el acto masturbatorio es, o debe ser, el único objeto de interés, lo que hace que, en teoría, sea irrelevante el cómo —«que un hombre eyacule en la vagina de su mujer o de su amante, en el ano de un hombre o de un niño, que utilice su mano o una cabra, que sea víctima de una polución nocturna involuntaria o culpable de una polución voluntaria»—, siendo la cantidad, asociada a la frecuencia, el único dato que debe importar, pues la imagen que se forma del cuerpo humano es la de una máquina hidráulica en la que importa mucho menos la condición del fluido —semen, lágrimas, orina, etc.— que su adecuada presencia en el interior del sistema. No obstante Signy llama la atención sobre lo contradictorio que resulta que Tissot elija un título tan cargado de connotaciones morales. La tesis defendida por el autor es que el suizo no puede escapar a la influencia de otro *best seller* del que el suyo, muy a su pesar, es en parte deudor, aunque sobre todo a título de censura crítica: *Onania*; una obra en la que lo moral tiene un papel predominante. A este respecto plantea

una polémica con la interpretación que Thomas Laqueur hace de ese escrito, que a mi juicio —el de alguien que no se considera especialista en la materia— se salda a favor de Signy.

El caso es que la obra de Tissot, así como el material suministrado por la correspondencia, parece ceñirse al reverenciado modelo galénico —reverenciado al menos en el apartado de la higiene privada— de las *sex res non naturales*, matizado, habría que decir, por el matiz «económico» propio de la modernidad, gobernado por la moderación, o más bien por la recta administración de unos recursos a la postre materiales. Es el dispendio, no el pecado, lo que acarrea el castigo de la pérdida de salud. Algunas cartas muestran bien a las claras esta mentalidad de tenedor de libros, en la que el debe ha de corresponderse con el haber para preservar la salud.

Para finalizar, como correctamente señala Signy, es tiempo perdido buscar en estas cartas cualquier indicio de «patología sexual» —y en consecuencia, de «sexualidad» en sentido «posmoderno»— puesto que la creencia compartida por Tissot y sus corresponsales es que el uso del sexo, de cualquier tipo que sea, no constituye una enfermedad, sino la causa de muchas de ellas, pero no por vía de la sexualidad en sí, sino del desequilibrio que produce en la máquina hidráulica. Ejemplo máximo, la aparición en dichos testimonios de una práctica sexual ideada para salir al paso de esa etiología: la *masturbatio interrupta*. De este modo, Tissot y el mundo que reflejan las cartas a él dirigidas, representarían una especie de paréntesis fisiológico en una historia de la cultura occidental en la que el uso del sexo habría sido y seguiría siendo juzgado principalmente desde la perspectiva de la moral religiosa y, más tarde, desde la psicología laica. En frase del autor, «somos los herederos de San Pablo y de Freud; no somos los de Tissot». ■

Luis Montiel

orcid.org/0000-0002-3992-1371

Universidad Complutense de Madrid